

*Los falangistas de Escorial y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra**

Francisco Morente

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen: Durante la guerra civil y en los años de la inmediata posguerra tuvo lugar un intenso debate entre los diversos sectores del bando sublevado sobre la forma y las características que debía tener el Nuevo Estado que estaba en construcción. Un sector del falangismo radical se organizó políticamente en torno a Ramón Serrano Suñer y lanzó una ofensiva de carácter ideológico, cultural y político para profundizar en la orientación fascista del régimen de Franco. La revista *Escorial* fue uno de los instrumentos de dicho grupo para impulsar su proyecto político. El artículo analiza esa experiencia político-cultural y discute algunas tesis asentadas en la historiografía sobre las características que tuvo el combate por la hegemonía política desarrollado en esos años en el seno de la dictadura franquista.

Palabras clave: Falange, franquismo, fascismo, catolicismo, *Escorial*.

Abstract: During the Civil War and the post-war early years there was an intense debate between the different sectors of the raised faction about the form and the characteristics that the New State under construction should have. A sector of the radical falangism got politically organized around Ramón Serrano Suñer, and threw an ideological, cultural, and political offensive to deepen in the fascist orientation of Franco's regime. The *Escorial* journal was one of the instruments used by this

* Este trabajo se enmarca en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Agradezco a Ferran Gallego sus comentarios sobre el borrador del texto.

group to push forward its political project. The present study analyzes this political-cultural experience and discusses some dominant historiographic theses in relation to the characteristics of the strong fight for the political hegemony that was carried out during these years in the core of Franco's dictatorship.

Keywords: Falange, Francoism, fascism, Catholicism, *Escorial*.

La guerra civil española fue, entre otras muchas cosas, un caldero de producción ideológica en permanente ebullición. Entre las innumerables propuestas que se elaboraron en aquellos años, en la zona rebelde cristalizó un potente proyecto ideológico, cultural y político de carácter netamente fascista y que estaba llamado a constituir la base del Nuevo Estado que debía surgir de entre las ruinas de la democracia republicana. Ese proyecto se articuló, en lo ideológico, sobre el trabajo de diversos núcleos de intelectuales más o menos estrechamente vinculados entre sí por lazos de índole personal y —o cuando menos— de carácter institucional. El que inicialmente alcanzó un mayor protagonismo político y de elaboración ideológica fue el que se organizó en torno a Ramón Serrano Suñer en el Ministerio del Interior, y más concretamente en los servicios nacionales de Prensa y Propaganda. En buena medida, muchos de esos jóvenes intelectuales que actuaron a las órdenes de Dionisio Ridruejo como jefe nacional (más tarde, director general) de Propaganda ya venían trabajando juntos desde casi el principio de la guerra civil, cuando se reunieron en Pamplona en torno a Fermín Yzardiaga y su revista *Jerarquía. La revista negra de la Falange*. Con algunas ausencias, y algunas nuevas incorporaciones, ese grupo se reencontró en Burgos en 1938 y durante un quinquenio intentó formular la más ambiciosa propuesta intelectual y cultural del bando autoidentificado como *nacional*¹.

En ese grupo —«el grupo», como ellos mismos se identificarían más de una vez—, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín y Antonio Tovar tuvieron un papel especialmente destacado y relevante, tanto en la dirección política del mismo —y ahí el protagonismo fue indudablemente de Ridruejo— como en la elaboración doctrinal —y en ello la voz cantante la tuvieron Tovar y, muy especialmente, Laín—.

¹ Dionisio RIDRUEJO dio cuenta de todo ello en *Con fuego y con raíces. Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 130-184.

Su labor al frente de la propaganda, la prensa, la edición y la censura durante esos años ha sido ampliamente estudiada y no es caso de volver aquí sobre ella². Me interesa plantear, por el contrario, dos cuestiones muy específicas. Por una parte, el significado que cabe otorgar a una empresa como la que desarrollaron en torno a la revista *Escorial*; y, por otra, el encaje del catolicismo en el proyecto ideológico y cultural impulsado por el falangismo en la inmediata posguerra con el objetivo de alcanzar la hegemonía política en el seno del Nuevo Estado franquista, discutiendo al paso algunas tesis asentadas al respecto.

En relación con esta última cuestión, en los últimos años se viene manteniendo un muy interesante debate centrado en las culturas políticas que confluyeron en la construcción del Nuevo Estado y que contribuyeron a su configuración política y cultural³. Frente a una visión ampliamente extendida en el pasado que tendía a minusvalorar los elementos fascistas en el sustrato ideológico del régimen —un sustrato que se habría nutrido fundamentalmente de la tradición católica en su vertiente más tradicionalista y conservadora—⁴, Ismael Saz ha defendido la existencia en la España franquista de dos culturas políticas —la falangista y la nacionalcatólica— abiertamente contrapuestas, y cuya dinámica de en-

² Álvaro FERRARY: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona, Eunsa, 1993; José ANDRÉS-GALLEGO: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid, Encuentro, 1997, y Francisco SEVILLANO CALERO: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.

³ La más reciente y completa contribución a este debate, focalizada en el papel de Falange y el falangismo, es Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013. Esta obra incluye un muy completo estado de la cuestión historiográfico sobre el fascismo español: Julián SANZ HOYA: «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», pp. 25-60. La más actualizada síntesis interpretativa sobre el conjunto del régimen en Borja de RIQUER: *La dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2010. Para los aspectos ideológicos y culturales de la dictadura, sigue siendo de consulta obligada Jordi GRACIA GARCÍA y Miguel Ángel RUIZ CARNICER: *La España de Franco (1939-1975) Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.

⁴ A modo de ejemplo, el anteriormente citado libro de Álvaro FERRARY: *El franquismo: minorías políticas...*; igualmente, Gonzalo REDONDO: *Política, cultura y sociedad en la España de Franco, 1939-1975*, t. I, *La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)*, Pamplona, Eunsa, 1999, y Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ: *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, PUV, 2008.

frentamiento explicaría en buena medida la evolución política del régimen durante prácticamente toda su existencia⁵. A su vez, Francisco Cobo, aun sosteniendo la existencia de esas dos culturas políticas en el seno del régimen, ha enfatizado la fusión de elementos de ambas en el proceso de construcción de los referentes simbólicos, rituales y, en definitiva, culturales de la dictadura, aunque sin que ese proceso de fusión resultase en la desaparición de sus dos principales fuentes de suministro ideológico⁶. Hace años, Alfonso Botti argumentó la no incompatibilidad entre nacionalcatolicismo y fascismo, hasta el punto de que el primero habría sido la forma que adoptó el segundo en España⁷. Y, finalmente, Ferran Gallego viene sosteniendo en una serie de recientes trabajos la importancia del proceso de fascistización que tuvo lugar en los años previos a la guerra civil y, con mayor intensidad, desde el inicio de la misma y que llevó a la creación de una única cultura política fascista que fue capaz de fusionar los elementos procedentes tanto del falangismo como de las diversas corrientes de la derecha radical de los años republicanos⁸. Lo que se acaba de indicar no es más que una muestra, sin pretensión de exhaustividad, de algunas de las posiciones que se han sostenido en un debate que es rico, amplio y variado, y

⁵ Ismael SAZ: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; íd.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007/4), pp. 137-163; íd.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008/3), pp. 153-174, y, más recientemente, íd.: «Fascismo y nación en el régimen de Franco. Peripecias de una cultura política», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 61-76.

⁶ Francisco COBO ROMERO: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008/3), pp. 117-151, y, especialmente, pp. 142-143.

⁷ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.

⁸ Ferran GALLEGO: «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en Francisco MORENTE (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268; íd.: «Fascistization and Fascism. Spanish dynamics in a European process», *International Journal of Iberian Studies*, 25/3 (2012), pp. 159-181, e íd.: «¿Un puente demasiado lejano? Fascismo, Falange y franquismo en la fundación y en la agonía del régimen», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 77-108. Una extensa —e intensa— reflexión sobre estas cuestiones en Ferran GALLEGO: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, en prensa.

del que no es posible dar cuenta aquí con el detalle que otras muchas relevantes contribuciones al mismo merecerían.

En el marco de ese debate, en este trabajo se va a sostener el carácter esencialmente católico del falangismo ya desde su misma fundación, lo que facilitó su fusión, sin demasiados problemas de carácter doctrinal, con aquellos otros sectores que confluyeron en el partido único del régimen franquista y que procedían de una tradición nacionalcatólica. El catolicismo fue el cemento que permitió aglutinar a toda la derecha antiliberal y antidemocrática española en un único proyecto político que en poco se diferenciaba —en lo esencial— de las experiencias fascistas europeas del momento. La guerra civil aportó el contexto más adecuado para ese proceso de fusión, y el falangismo emergió en ese momento concreto como la fuerza mejor equipada para constituir el núcleo en torno al cual se desarrollase aquél. Esa posición nuclear del falangismo no habría sido posible sin su carácter esencial e inequívocamente católico. Una matriz católica, por otra parte, que vale también (si no muy especialmente) para los *falangistas revolucionarios* que se organizaron en torno a Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo y que protagonizaron la primera gran ofensiva de la posguerra para hacerse con la hegemonía político-cultural en el Nuevo Estado.

* * *

No pretendo volver sobre el debate, a estas alturas definitivamente zanjado, sobre el presunto carácter liberal de aquellos falangistas y de la política cultural que desarrollaron, especialmente en los años en que impulsaron *Escorial*⁹. Ciertamente, que el debate esté zanjado no quiere decir que no haya quien se empeñe en reabrirlo periódicamente, no dándose por enterado de lo que la discusión académica ha dado de sí en los últimos años, y reincidiendo en la aceptación acrítica de lo que los protagonistas de aquella em-

⁹ Véanse, a modo de ejemplo, Gonzalo SANTONJA: *De un ayer no tan lejano (Cultura y propaganda en la España de Franco durante la guerra y los primeros años del Nuevo Estado)*, Madrid, Noesis, 1996, pp. 35-50; Sultana WAHNÓN: *La estética literaria en la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 1998, pp. 115-116; Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 333-337, y Francisco MORENTE: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al anti-franquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 271-278.

presa dijeron sobre sí mismos muchos años después de protagonizarla. Y así hemos podido leer muy recientemente la enésima reedición de la historia del «gueto al revés» (Laín *dixit*)¹⁰ y de lo muy marginados que estaban en el gobierno de Burgos los falangistas *disidentes* que lo formaban¹¹.

En realidad, ni estaban marginados ni eran disidentes ni, mucho menos, liberales. Eran fascistas de una pieza y tenían un proyecto político, ideológico y cultural bien trabado y que engarzaba total y absolutamente con lo que en aquellos mismos años se estaba proponiendo desde Roma y Berlín. Es por ello, en mi opinión, por lo que no debería analizarse una experiencia como la de *Escorial* atendiendo exclusivamente a los factores de política interna que la explicarían, aun siendo éstos, obviamente, muy importantes. Creo, por el contrario, que hay que entender la creación de la revista y el proyecto que representaba como el más ambicioso intento desarrollado en la España de la posguerra de construir una cultura fascista capaz de devenir una auténtica cultura nacional y, por tanto, una cultura integradora —con los límites que luego se indicarán—. Un proyecto, sin embargo, que se inscribía en una dinámica ideológico-cultural de ámbito europeo que perseguía la imposición de una hegemonía cultural fascista en el continente, y que tenía claros antecedentes en otras experiencias similares de países ideológicamente afines, y singularmente Italia. En ese sentido, en alguna ocasión se ha comparado el proyecto *escorialense* con el que representó en su momento la propuesta cultural de Giovanni Gentile en la Italia de los años veinte¹², o con la que impulsó algo más tarde Giuseppe Bottai desde su revista *Primato. Lettere e arti d'Italia*¹³.

Efectivamente, creo que cabe interpretar, como hizo Santos Juliá en su momento, que el proyecto de *Escorial* respondía a un planteamiento similar al desplegado por Giovanni Gentile, especialmente, aunque no sólo, en torno a la elaboración de la *Enciclopedia*

¹⁰ Pedro LAÍN ENTRALGO: *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, p. 231.

¹¹ Diego GRACIA: *Voluntad de comprensión. La aventura intelectual de Pedro Laín Entralgo*, Madrid, Triacastela, 2010, pp. 255-256.

¹² Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas...*, p. 351.

¹³ Nicolás SESMA LANDRIN: «Propaganda en la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)», *Ayer*, 53 (2004), pp. 174-175, y Francisco MORENTE: *Dionisio Ridruejo...*, pp. 279-280.

*Italiana*¹⁴. Ambos proyectos compartían la intención de establecer una hegemonía cultural (en íntima conexión con la hegemonía política que se perseguía desde el control del partido único y con la ocupación de cada vez más importantes parcelas de poder en el gobierno, la administración y los diversos organismos del Estado) sobre la base de atraer hacia el proyecto fascista a quienes, sin serlo, podían interpretar su participación en el desarrollo de una política cultural de ese tipo como una colaboración de índole patriótica. Ello implicaba, al menos, dos cosas; por una parte, que la propuesta se hiciese con una cierta amplitud de miras, hablando no sólo para la propia parroquia, sino dirigiéndose a sectores que, viniendo de tradiciones culturales diferentes a la del falangismo, y sin necesidad —como también pasaba en el caso de Gentile— de hacer ninguna declaración de fe en el mismo, estuviesen dispuestos a aceptar el nuevo orden de cosas que se había impuesto al final de la guerra civil. Por otra parte, el éxito de la operación sólo podría alcanzarse si el proyecto cultural que se lanzaba era capaz de mostrarse como un proyecto nacional, no de facción, lo que remitía a la interpretación según la cual Falange —el partido único— era la verdadera representación de la nación y, en esa medida, la cultura que destilaba era una auténtica cultural nacional.

No otro sentido cabe atribuir al tantas veces citado «Manifiesto editorial» del primer número de *Escorial*, y que ha dado lugar a las interpretaciones sobre el carácter integrador de la propuesta de la revista que dirigía Dionisio Ridruejo¹⁵. Pero como se ha recordado también con frecuencia, los límites de esa integración eran muy estrechos y pasaban por la aceptación sin matices del régimen surgido del 18 de julio y de la victoria. Desde ese punto de vista, la propuesta era mucho más restrictiva que la que lanzó Gentile en 1925. Recuérdesse que entonces la mayor parte de la *intelligentsia* italiana seguía en el país y toda ella fue convocada

¹⁴ La más completa aproximación a la figura y la trayectoria intelectual y política de Giovanni Gentile es la de Gabriele TURI: *Giovanni Gentile. Una biografía*, Florencia, Giunti, 1995. El mejor estudio sobre la elaboración de la *Enciclopedia* es también de Gabriele TURI: *Il mecenate, il filosofo e il gesuita. L'«Enciclopedia italiana» specchio della nazione*, Bolonia, Il Mulino, 2002.

¹⁵ «Manifiesto editorial», *Escorial*, 1 (noviembre de 1940), pp. 7-12. El texto, aunque apareció sin firma, fue obra de Ridruejo. Puede verse el original mecanografiado en Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Dionisio Ridruejo, MF/R 5966, leg. 11/3, doc. 16.

a colaborar en la empresa *patriótica* de construcción de una nueva cultura¹⁶. Ciertamente, la llamada era puramente retórica para los intelectuales comunistas, anarquistas y, en buena medida también, socialistas; pero eso no impidió que gran parte de la intelectualidad tanto católica como liberal, así como no pocos intelectuales socialdemócratas, colaborasen con Gentile¹⁷. La situación en la España de la posguerra era bien diferente, con una parte considerable de la *intelligentsia* de izquierdas (así como parte de la liberal y de la identificada con los nacionalismos llamados periféricos) muerta, en la cárcel o en el exilio. Ni que decir tiene que estos intelectuales no eran convocados al proyecto de *Escorial* o, de serlo, no podrían ser admitidos al mismo sin una dosis considerable (y previa) de arrepentimiento. No en vano, en el segundo número de *Escorial* se establecían los límites que eran tolerables en ese arrepentimiento (y se usaba explícitamente esta palabra), no dejando lugar a la duda sobre qué tipo de proyecto cultural era el que se estaba impulsando¹⁸.

A muchos en la nueva España les pareció escandaloso ese intento de atraerse a parte de la intelectualidad que había sido vencida en la guerra, y no digamos los intentos de —por utilizar el término empleado por el propio Ridruejo— *rescatar* a figuras de la cultura republicana como el mismísimo Antonio Machado, por mucho que dicho *rescate* fuese acompañado de la rotunda descalificación de las posiciones políticas del *rescatado* y de su actuación durante la guerra¹⁹. Pero aunque incluso esa *mano tendida* les pareciese a otros un exceso, la actitud de Ridruejo y sus amigos no es suficiente para marcar una raya que diferenciaría, entre la intelectualidad del régimen, el campo de la *comprensión* del campo de la *exclusión*, por utilizar los términos que se harán tan populares en

¹⁶ Ruth BEN-GHIAT: *La cultura fascista*, Bolonia, Il Mulino, 2004 [2001], y Giovanni BELARDELLI: *Il Ventennio degli intellettuali. Cultura, politica, ideologia nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

¹⁷ No hay ni que decir que las razones para ello fueron de lo más variadas y que no cabe reducirlas, ni mucho menos, a la identificación ideológica con el proyecto *gentiliano*.

¹⁸ «Advertencia sobre los límites del arrepentimiento», *Escorial*, 2 (diciembre de 1940), pp. 330-332.

¹⁹ Dionisio RIDRUEJO: «El poeta rescatado», *Escorial*, 1 (noviembre de 1940), pp. 93-100.

los años cincuenta²⁰. Ciertamente que Ridruejo, Laín y Tovar (como Torrente Ballester y tantos otros de los del «gueto al revés») se dedicaron andando el tiempo a jugar a esa confusión²¹, pero, una vez más, hay que insistir en que lo que impulsaron durante la guerra y, más aún, en los años que controlaron *Escorial* fue una propuesta totalitaria de organización de la cultura que, precisamente por totalitaria, aspiraba a integrar en su seno toda expresión cultural que pudiese darse en el país. Que eso incluyese a intelectuales con un pasado no inmaculadamente limpio no hacía la propuesta menos fascista, sino justamente todo lo contrario, como demostraría paradigmáticamente el caso de *Primato*.

Tanto *Escorial* como *Primato* buscaban en el fondo objetivos semejantes: la incorporación de los jóvenes intelectuales al proyecto fascista, aceptando la posibilidad de una crítica (incluso descartada) de los elementos del mismo que no funcionaban, siempre y cuando, obviamente, no se cuestionasen sus elementos esenciales²². Una vez más, se trataba de buscar la hegemonía cultural del fascismo a través de una convocatoria en la que se invitaba a partici-

²⁰ Aunque la genealogía de dichos conceptos puede rastrearse más atrás, e incluso entre quienes serían objeto de las andanadas de Dionisio Ridruejo, fue éste quien los colocó en el centro del debate político con su artículo «Excluyentes y comprensivos», *Revista*, 1 (17 de abril de 1952), p. 5.

²¹ Aunque con matices: mientras Ridruejo confesaba algunos años más tarde que, visto en perspectiva, aquel *rescate* de Machado le pareció, como en su momento le criticaron desde el exilio, «una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían y cuyo reverso era el terror», Torrente Ballester no tenía empacho en afirmar —con Franco ya muerto y con un absoluto desprecio por la verdad— que, en los dos primeros años de *Escorial*, en la revista «convivieron sin lastimarse, republicanos y falangistas, germanófilos, víctimas de la represión de izquierdas y víctimas de la de derechas» y que cuando «un escritor salía de la cárcel, sabía que en *Escorial* sólo se le pedía calidad». La cita de Ridruejo en Dionisio RIDRUEJO: *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1964 [1962], p. 19; la de Torrente Ballester en Gonzalo TORRENTE BALLESTER: «Escorial en el recuerdo», en Juan BENET *et al.*: *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, p. 63.

²² Bottai fue uno de los principales defensores de la necesidad de renovación de la clase dirigente del fascismo por la vía de la promoción de las nuevas generaciones socializadas en los principios del régimen; ello exigía, en su opinión, la posibilidad de una amplia libertad de discusión en el seno de las organizaciones juveniles fascistas, cantera de la futura dirigencia; no todos los jerarcas fascistas, incluyendo a Mussolini, veían las cosas de la misma manera; cfr. Paolo NELLO: «Mussolini e Bottai: due modi diversi di concepire l'educazione fascista della gioventù», *Storia contemporanea*, VIII/2 (1977), pp. 335-366.

par a todos aquellos que desearan contribuir al engrandecimiento cultural del país, sin necesidad de que se declarasen previamente fascistas²³. Lo que había era, en definitiva, un proyecto integrador de opciones ideológicas diversas en la construcción de una cultura nacional que sería por definición fascista²⁴.

Como Bottai en *Primato*, los editores de *Escorial* intentaban dar cuenta de las novedades de la cultura internacional del momento (como es obvio, con atención preferente a la que se elaboraba en los países amigos), hacían una apelación continua a los jóvenes como sujetos protagonistas de la construcción de la nueva España, también en el plano cultural (no hay que olvidar que en el momento de salir la revista, su director, Dionisio Ridruejo, tenía sólo veintiocho años, y que los otros miembros del grupo no eran mucho mayores que él), y pretendían que la revista representase lo mejor de la cultura española en el marco del nuevo orden que se estaba construyendo con las armas en Europa.

La lucha por la hegemonía cultural y política en la posguerra

Además de sus finalidades culturales e ideológicas, la revista debía, por supuesto, cumplir también con objetivos de política interna. Uno no menor fue el de empujar en la dirección de una mayor implicación de España en la guerra europea²⁵; y otro, fundamental, fue el de ser capaz de aglutinar el conjunto de la producción cultural española del momento, poniéndola al servicio del proyecto político que los falangistas *serranistas* impulsaban. Eso, que habitualmente se ha interpretado en términos de abrirse a sectores

²³ Hasta el punto de que, en los meses finales del régimen fascista italiano —y es algo que iba más allá de la intención inicial de Bottai y que sólo puede entenderse en el contexto bélico en el que vivía Italia—, en *Primato*, «fascisti in crisi e antifascisti covivevano lanciando segnali culturali che venivano di fatto a coesistere, possono essere allora davvero letti come “segni dei tempi”»; cfr. Luisa MANGONI: «Civiltà della crisi. Gli intellettuali tra fascismo e antifascismo», en Francesco BARBAGALLO: *Storia dell'Italia repubblicana*, vol. I, *La costruzione della democrazia. Dalla caduta del fascismo agli anni cinquanta*, Turín, Einaudi, 1994, p. 633.

²⁴ Ruth BEN-GHIAT: *La cultura fascista...*, pp. 238-239.

²⁵ Un par de ejemplos, entre muchos posibles: «Ante la guerra» (texto sin firma, a modo de editorial), *Escorial*, 4 (febrero de 1941), pp. 159-164, y Dionisio RIDRUEJO: «Un alto», *Escorial*, 7 (mayo de 1941), pp. 279-280.

más o menos próximos o vinculados a los vencidos en la guerra y a un intento de apropiación espuria de la tradición liberal²⁶, tenía una segunda dirección, normalmente menos observada: la de incorporar también aquellos sectores que, dentro del bando vencedor, podían aparecer como rivales en términos políticos. Eso implicaba abrir las páginas de la revista a un pensamiento más vinculado a sectores ideológicos conservadores y católicos, incluyendo una «importante presencia de teólogos y clérigos en general» entre los autores de la publicación, «así como la preocupación por los temas religiosos, una constante de esta primera etapa de *Escorial*»²⁷. Efectivamente, en *Escorial* colaboraron firmas, ya en la etapa en que la dirección de la revista estuvo en manos del *grupo de Burgos*, que defendían posiciones en absoluto identificables con el falangismo revolucionario del grupo impulsor de la revista. Esa cierta *promiscuidad* intelectual ocurrió también, por cierto, en otras revistas importantes de esos años (y posteriores); así, por ejemplo, en la *Revista de Estudios Políticos*²⁸, o en *Arbor*; y había ocurrido ya en *Jerarquía* (durante la

²⁶ Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 222-223.

²⁷ Eduardo IÁÑEZ: *No parar hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el grupo de Escorial (1936-1986)*, Gijón, Trea, 2011, p. 136. Ejemplos de ello pueden ser artículos como el de J. Corts Grau, «Luis Vives y nosotros» (1, 1940, pp. 53-69); E. Aunós, «El congreso de Viena» (7, 1941, pp. 203-226); Beltrán de Heredia, «La formación intelectual del clero según nuestra antigua legislación canónica (siglos XI-XV)» (7, 1941, pp. 289-298); J. Zaragüeta, «La libertad en la Filosofía de Henri Bergson» (9, 1941, pp. 91-116); B. Ibeas, «Teología y política» (10, 1941, pp. 303-307), o L. Eulogio Palacios, «La formación del intelectual católico» (13, 1941, pp. 215-234). La voluntad de hacer de la revista un lugar de encuentro puede apreciarse en la nota que se adjuntaba a este último artículo: «El transparente y agudo trabajo anterior plantea un problema acuciante para esta hora española; a saber, el de la formación y el estilo del intelectual católico laico y actual. ¿Habría soluciones distintas a las que el autor propugna? Abrimos las páginas de ESCORIAL a cuantos tengan o crean tener algo importante que decir sobre el tema; sin perjuicio de que, ulteriormente a ellas, haga oír su voz la revista misma». Artículos de carácter literario o de temática religiosa fueron confiados de forma regular a escritores conservadores, como Melchor Fernández Almagro, Eugenio Frutos o Jesús Pabón —en el primer caso— o los padres Luis Getino, Eugenio Fernández Almuzara o José López Ortiz. Y es importante destacar la breve, pero muy significativa, colaboración de quien, en la segunda mitad de los cuarenta, será presentado como el líder de las posiciones culturales antifalangistas, Rafael Calvo Serer, que en los números 19 y 20 (1942) publicó sendos estudios sobre el concepto del Renacimiento, uno de los temas de debate cultural y político entre el «modernismo» falangista y el tradicionalismo del Opus Dei.

²⁸ Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar», en *íd.*: *Antología de la Revista*

guerra) y fue una constante en *Arriba*, el periódico oficial del partido, donde nunca faltaron las firmas incluso de reconocidos rivales (en el plano cultural e intelectual) de los principales intelectuales orgánicos del falangismo.

Y es que, en definitiva, de lo que se trataba era de construir una cultura que integrase al conjunto de quienes habían colaborado en el esfuerzo bélico, aunque, como es obvio, cada grupo de los que habían confluído en el partido único franquista intentase hegemonizar ese modelo cultural. En ese sentido, como ha explicado recientemente Zira Box, la lucha por imponer los propios patrones en la construcción simbólica —es decir, cultural— del Estado Nuevo fue realmente intensa y sin cuartel²⁹. Lo que, sin embargo, no ha de llevarnos a perder de vista que, a pesar de las notables diferencias que podía haber entre los diferentes sectores en liza, los elementos que compartían eran indudablemente más importantes que los que los diferenciaban, algo que, en mi opinión, es frecuentemente minusvalorado cuando se analizan las luchas ideológicas en el seno del régimen franquista. Y es que de lo que se trataba —por parte de todos— era de la construcción de una cultura política del 18 de Julio que integrara los diversos sectores políticos y doctrinales que habían participado en la sublevación; una nueva cultura política que incluía la evolución del nacionalsindicalismo, no en el sentido de su «catolización» —que poca falta le hacía—, sino en el de su capacidad de sintetizar en el discurso falangista todas las corrientes, haciendo de la cultura política del régimen un precipitado de todas ellas, que incluía, naturalmente, lo elaborado por Falange de las JONS durante su periodo constitutivo republicano.

Por supuesto que había diferencias entre el modelo político (y, por tanto, ideológico y cultural) que defendían los intelectuales *serranistas* y el que sostenían los intelectuales vinculados, por ejemplo, a la revista de la época republicana *Acción Española*³⁰. Pero una vez constatado ese hecho, y para poder valorarlo en sus justos térmi-

de Estudios Políticos, Madrid, BOE-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 27-28.

²⁹ Zira Box: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

³⁰ Lo ha explicado con detalle Ismael Saz en *España contra España*; y, más recientemente, y ampliando el foco a otros países en los que se planteó el enfrentamiento entre fascistas y «nacionalistas reaccionarios», en Ismael SAZ: «¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas», en Joan ANTÓN MELLÓN

nos, creo que hay que plantearse dos cuestiones fundamentales: la primera, si los modelos enfrentados eran o no compatibles entre sí; la segunda, si eso supone una anomalía del franquismo en relación con otros fascismos de aquella época. Para empezar por esta última cuestión, es evidente, desde mi punto de vista, que no. El debate político, cultural e ideológico en la Italia fascista tuvo poco que envidiar en cuanto a dureza al desarrollado en la primera década del régimen franquista —por establecer un marco cronológico donde sea razonable la comparación entre ambos casos—³¹. Pero no sólo en relación con las políticas desarrolladas por Gentile hubo debate, y fuerte. En otros muchos temas, las posiciones que podían representar, por ejemplo, Roberto Farinacci, Giuseppe Bottai o Alfredo Rocco estaban tan alejadas entre sí como las que podían mantener Rafael Sánchez Mazas, Pedro Laín o Jorge Vigón. A su vez, Alfred Rosenberg, Konstantín Freiherr von Neurath o Albert Speer, por ejemplo, representaban visiones de la Alemania nazi francamente diferenciadas³², y no hará falta recordar cómo una de las características del Tercer Reich fue precisamente la incesante lucha entre agencias (del partido y del Estado) por la hegemonía en sus respectivas parcelas, sin que siempre, ni mucho menos, los *auténticos* nazis se llevasen el gato al agua³³. Y eso fue especialmente así en el ámbito educativo y cultural³⁴. Para el fascismo, en definitiva, la he-

(coord.): *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190.

³¹ Alessandra TARQUINI: «Gli antigentiliani nel fascismo degli anni Venti», *Storia contemporanea*, XXVII/1 (1996), pp. 5-59.

³² Una aproximación a la trayectoria y el pensamiento de Rosenberg y Speer en Ferran GALLEGRO: *Todos los hombres del Führer. La elite del nacionalsindicalismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006.

³³ Sobre la cuestión, Peter HÜTTENBERGER: «Policracia nacionalsocialista», *Ayer*, 5 (1992), pp. 159-190; Ian KERSHAW: «“Working Towards the Führer”. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship», en Christian LEITZ: *The Third Reich*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 231-252; Wolfgang BENZ: *Geschichte des Dritten Reiches*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2005 [2000], pp. 64-76; Armin NOLZEN: «Der “Führer” und seiner Partei», en Dietmar SÜß y Winfried SÜß (eds.): *Das «Dritte Reich». Eine Einführung*, Múnich, Pantheon, 2008, pp. 55-76, y Jeremy NOAKES: «Hitler and the Nazi state: leadership, hierarchy, and power», en Jane CAPLAN: *Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 73-98.

³⁴ Un ejemplo, entre muchos posibles, fue la lucha por el control de las cátedras universitarias (tal y como ocurrió también en la España franquista). Ministerio de Educación, rectores y decanos pugnaron por la adjudicación de las cátedras, sin que pudieran evitar las interferencias de los *Gauleiter* del partido, las

terogeneidad no era un elemento que hubiera que controlar ante un permanente riesgo de crisis interna, sino un factor normal en la articulación de un proyecto político de masas, cuyo carácter nacional implicaba la capacidad de construcción de un todo coherente.

Así, en el caso español, la *revolución nacional* suponía, en esencia, materializar un proceso de unidad que, lejos de ser un elemento retórico, se correspondía con una visión de la nación como «unidad de destino» y que, de hecho, había dado ya carácter a la guerra civil: la unidad de todas las fuerzas *nacionales* para proyectar hacia el futuro la tradición española. Una tradición que no podía ser otra que la católica; pero la de un catolicismo que no aceptaba las condiciones propias de la participación de la Iglesia en una sociedad plural, sino que exigía que el Estado fuese católico, que la legitimación de la autoridad se basara en tal supuesto, que la definición del orden político se refiriera a la tradición moderna española, y que la mera defensa de los intereses de la Iglesia fuera sustituida por la construcción de un régimen que asumiera como propios los principios sociales y políticos sostenidos por el catolicismo.

En otro orden de cosas, los modelos que plantearon los falangistas (que, a veces se olvida, eran bastante más que los *serranistas*) no resultaron en absoluto incompatibles con los que defendieron quienes venían de una cultura política nacionalcatólica, y que se podía identificar, en el terreno intelectual, con quienes participaron en la empresa de *Acción Española* durante la Segunda República. Sin duda, como ya se ha señalado anteriormente, entre unos y otros había diferencias, y diferencias importantes³⁵. Sin embargo, esas dife-

organizaciones nazis de estudiantes y profesores, el *Amt* (oficina) de Alfred Rosenberg o la Comisión Universitaria del partido nazi que había creado Rudolf Heß (en abierta competencia a su vez con el *Amt* Rosenberg). En 1939, el Ministerio informó de que, en los dos años anteriores, de las 426 cátedras adjudicadas, 264 habían ido a parar a militantes de alguna organización nazi, lo que, siendo mucho, no oculta que el 38 por 100 de las plazas fueron a parar a aspirantes que no estaban afiliados ni al partido ni a ninguna de sus organizaciones y que, pese a ello, habían contado con los imprescindibles respaldos políticos y académicos para hacerse con la cátedra; cfr. Hellmut SEIER: «Der Rektor als Führer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 12/2 (1964), pp. 136-137; Aharon F. KLEINBERGER: «Gab es eine nationalsozialistische Hochschulpolitik?», en Manfred HEINEMANN (ed.): *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II, *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980, p. 16.

³⁵ Como las había entre falangistas y carlistas, los dos grupos políticos principales sobre los que se construyó el partido único. Para algunos autores, esas dife-

rencias nunca les llevaron, ni a unos ni a otros, a romper la baraja, por más que a veces los discursos o los artículos en la prensa anunciaban un inminente ajuste de cuentas final con quienes estaban obstaculizando la culminación de la *revolución nacional* (visto desde el lado falangista) o contra quienes estaban intentando imponer un modelo político poco menos que pagano y ajeno a las esencias españolas (visto desde las filas del monarquismo autoritario y del catolicismo integrista). Pero lo cierto es que tal ajuste de cuentas final nunca se produjo, a diferencia, por cierto, de lo que ocurrió en Alemania en 1934, cuando, allí sí, se pasó de las palabras a los hechos entre sectores que, todos ellos, daban apoyo al régimen; o de las purgas realizadas en el seno del Partido Nacional Fascista desde la crisis de 1925, y que tenían por objetivo asegurar que el partido fuese la garantía del poder de Mussolini, sin dejar de ser, al tiempo, un instrumento subordinado al *Duce* como primer ministro. Y no sólo no se produjo dicho ajuste de cuentas, sino que los integrantes de los bandos enfrentados (suelen reducirse a dos, pero la realidad era, obviamente, mucho más compleja) convivieron, con mayor o menor incomodidad, durante cuatro décadas sin llegar a poner en peligro, nunca, la supervivencia del régimen, ni, sintiéndose derrotados, dar el paso de crear una organización política que luchase desde la oposición por la consecución de su proyecto original. Más importante sería, a medida que se incorporaron a la política o a las tareas culturales las generaciones que no habían hecho la guerra, la construcción de un fluido espacio compartido en el que lo que se deseaba resaltar, como fruto de la propia legitimidad del 18 de Julio, era la unidad entre todos los componentes del régimen y la constitución de una doctrina *común a todos ellos*³⁶.

rencias eran enormes, hasta el punto de poder afirmar que «los puntos comunes de ambos programas eran prácticamente inexistentes, a excepción del antiparlamentarismo y de un cierto organicismo social, entendidos de distinta forma por unos y por otros», lo que, sin embargo, no impidió ni la elaboración de una síntesis doctrinaria ni su convivencia (la de falangistas y carlistas) en el seno de un mismo partido, pues la común fidelidad a Franco y los intereses compartidos por la elite política del régimen habrían estado por encima de sus discrepancias ideológicas; véase Glicerio SÁNCHEZ RECIO: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 43-49 y 57-61, la cita textual en p. 46.

³⁶ Véase, paradigmáticamente, Gaspar GÓMEZ DE LA SERNA: «Síntesis y sectarismo en el 18 de Julio», *Revista de Estudios Políticos*, 46 (julio-agosto de 1949), pp. 171-180. Sobre la construcción de discursos incluyentes de las diversas sensibilidades presentes en el régimen en torno al significado de la propia guerra civil, Ja-

Y si el régimen no se resquebrajó internamente no fue por una cuestión de hipocresía política por parte de los supuestamente derrotados que les habría llevado a preferir las poltronas a los ideales (lo que, por otra parte, no es descartable en determinados casos), sino por una cuestión mucho más relevante a los efectos que aquí se plantean. Y es que, como ha explicado muy recientemente y de forma bien argumentada Ferran Gallego³⁷, una buena parte de la *intelligentsia* del régimen (pero también —y esto es más importante— de su clase política y sus bases sociales) había experimentado un proceso de fascistización que se remontaba a los años finales de la República en paz y que se aceleró durante la guerra civil, que había creado un terreno compartido tan amplio que las diferencias que pudiesen subsistir entre los diferentes grupos que constituían la base de apoyo de la dictadura pasaban a ocupar un lugar secundario y, en todo caso, servían fundamentalmente para luchar por parcelas de poder dentro del régimen más que para imponer un sistema diferente del que había salido de la guerra civil o para intentar modificarlo de forma sustancial.

La guerra civil fue el escenario en que ese proceso de fascistización cristalizó a gran escala e hizo posible la creación de un partido único del bando franquista en la contienda³⁸. El proceso de construcción de ese partido ha sido ampliamente estudiado y se han puesto de manifiesto las resistencias que hubo que vencer y los desacuerdos que se produjeron en el momento de la unificación y después de la misma³⁹. No faltaron encontronazos entre falangistas

vier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil española en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

³⁷ Ferran GALLEGO: «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en Alejandro ANDREASSI y José Luis MARTÍN RAMOS (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, s.l. [Mataró], El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.

³⁸ Ferran GALLEGO: «Sobre héroes y tumbas...»; Javier RODRIGO: «A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 143-167.

³⁹ Stanley PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985 [1962], pp. 159-178; Sheelagh ELLWOOD: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 96-110; Joan Maria THOMAS: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pp. 131-221; *id.*: «La unificación: coyuntura y proyecto de futuro», en Miguel A. RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 169-177; José

y carlistas en los distintos escalones del nuevo partido y del Estado, si bien en muy pocas ocasiones derivaron en enfrentamientos armados o violencia física de importancia⁴⁰; pero no es menos cierto que, más allá de quienes ya militaban previamente en las dos organizaciones principales que confluyeron en el partido único, las bases sociales que apoyaban la sublevación militar contra la República se sumaron entusiasmadas al nuevo proyecto, y muchos intelectuales, que venían de tradiciones ideológicas diferentes, entendieron que aquello que ahora nacía era la síntesis integradora de dichas tradiciones y el artefacto más adecuado para hacer frente a la nueva situación que el país estaba viviendo. Y eso valía tanto para un Eugenio Montes o un José Pemartín, que se habían situado en la órbita de *Acción Española* en los años republicanos, como para un Santiago Montero Díaz, *jonsista* que no aceptó la fusión de las JONS de Ramiro Ledesma con la Falange de José Antonio Primo de Rivera (por considerar a esta última escasamente revolucionaria), y que, sin embargo, no dudó en reincorporarse a la política activa en las filas de FET y de las JONS⁴¹. En realidad, a lo largo de la guerra y en los años que la siguieron, la supuesta incompatibilidad entre catolicismo y fascismo era algo que pocos se planteaban, y la asunción de los principios fascistas por significados intelectuales y políticos católicos no fue excepción sino norma. Así, y sin ánimo de agotar nada, intelectuales como José Corts Grau o Juan Beneyto, académicos como Francisco Javier Conde o Luis Legaz Lacambra o políticos como José Ibáñez Martín, provenientes todos ellos de las filas del catolicismo político, no dudaron en teñir

Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 283-317, e Ismael SAZ CAMPOS: «Salamanca, 1937: Los fundamentos de un régimen», en *Id.:* *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 125-150 [publicado originalmente, con el mismo título, en *Revista de Extremadura*, 21 (1996), pp. 81-107].

⁴⁰ Alfonso LAZO: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, pp. 67-68.

⁴¹ La trayectoria de Montero Díaz en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: «Comunismo, fascismo y galleguismo “imperial”: La deriva particular de Santiago Montero Díaz», en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 169-196, y, más reciente y extensamente, Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012.

sus textos, sus discursos o su acción política del azul mahón nacionalsindicalista⁴².

Eso fue posible, como señalaba anteriormente, por ese proceso de fascistización de la derecha radical que venía produciéndose desde, al menos, 1934 y que, mucho antes del inicio de la guerra civil, había permitido que intelectuales y políticos como José Calvo Sotelo o el propio Ramiro de Maeztu viesan en el fascismo un horizonte no sólo posible, sino auténticamente congruente con la época⁴³. Pero fue posible también porque había un elemento compartido por prácticamente todos los intelectuales que acabarían formando en el bando sublevado y que no era otro que el catolicismo.

⁴² José Corts Grau fue un asiduo colaborador en las revistas culturales y políticas falangistas, como *Escorial* o *Revista de Estudios Políticos*, donde publicó artículos en los que integró el pensamiento católico y el falangista [véase su anteriormente citado «Luis Vives y nosotros», en *Escorial*, o «Motivos de la España eterna», *Revista de Estudios Políticos*, 9-10 (1943), pp. 1-40]. Juan Beneyto fue uno de los principales teóricos del nacionalsindicalismo de posguerra (véanse de este autor *El nuevo Estado español. El régimen nacionalsindicalista ante la tradición y los sistemas totalitarios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1939, y *Genio y figura del Movimiento*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1940). Las aportaciones de Conde a la teoría del caudillaje y a la fundamentación del Estado nacionalsindicalista son de sobra conocidas (cuatro de sus principales contribuciones —sobre la nación, el caudillaje, el Estado y la representación política— quedaron recogidas en el capítulo II, «Cuatro conceptos políticos», de su obra recopilatoria *Escritos y fragmentos políticos*, vol. I, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1974, pp. 319-455); y otro tanto cabe decir del esfuerzo teórico de Legaz en relación con el sindicalismo vertical (véase su trabajo —en colaboración con Bartolomé ARAGÓN GÓMEZ— *Cuatro estudios sobre sindicalismo vertical*, Zaragoza, Tip. «La Académica», 1939), y, sobre todo, con el Estado nacionalsindicalista (*Introducción a la teoría del Estado Nacionalsindicalista*, Barcelona, Bosch, 1940). Un análisis de la contribución de ambos a la construcción intelectual del Estado franquista, en José Antonio LÓPEZ GARCÍA: *Estado y derecho en el franquismo. El Nacionalsindicalismo: F. J. Conde y Luis Legaz Lacambra*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996. Por lo que hace a Ibáñez Martín, su pasado como diputado de la CEDA y su condición de miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas no le impidieron ser el ministro bajo cuyo mandato se aprobó la Ley sobre Ordenación de la Universidad española —LOU— (1943), cuya impronta fascista es, en mi opinión, indiscutible; que no lo hizo en contra de sus más íntimas convicciones queda bien acreditado a poco que se lean con atención algunos de los discursos que pronunció en los años en que la ley se estaba fraguando; véase, a título de ejemplo, su enfervorizada exaltación de Falange en *El sentido político de la Cultura en la hora presente. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, en el acto de inauguración del año académico 1942-1943, en el Paraninfo de la Universidad Central*, Madrid, octubre de 1942.

⁴³ Véase Ferran GALLEGU: «Sobre héroes y tumbas...», p. 255.

No comparto la interpretación según la cual el falangismo experimentó un proceso de catolización durante la guerra civil, que habría sido paralelo al proceso de fascistización de los sectores monárquicos y católico-autoritarios⁴⁴. Como ya he señalado, creo que esa fascistización de la derecha arranca de mucho antes del inicio de la guerra y, de hecho, ya se estaba acelerando rápidamente desde el triunfo del Frente Popular⁴⁵, por lo que la guerra civil no hizo sino dotar al proceso de una radicalización y extensión que de otro modo hubiese necesitado bastante más tiempo para producirse en la misma escala⁴⁶. De la misma manera, creo que el componente católico de Falange es incuestionable desde el momento mismo de su fundación, y no sólo como un elemento más o menos epidérmico, sino como parte sustancial de su ideario y de su cosmovisión, en la medida que Falange dispusiese antes de la guerra de algo semejante. Para comprobar tal afirmación, basta con leer los editoriales del semanario *Arriba* (1935-1936) o las secciones «Consigna» y «Guiones» —que funcionaban a modo de editorial— del semanario *F.E.* (1933-1934), donde lo católico no sólo está omnipresente, sino que forma uno de los pilares fundamentales del discurso falan-

⁴⁴ Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España...*, pp. 160-161 y 405-406, y Zira BOX: *España, año cero...*, p. 362.

⁴⁵ Y la mejor prueba de ello fue la facilidad con la que se produjo un trasvase en masa de militantes de las diversas organizaciones de la derecha antirrepublicana hacia Falange en la primavera de 1936; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 358; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español», en Fernando DEL REY: *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 518. Alfonso Lazo ha señalado cómo en Andalucía y Extremadura (donde los historiadores han podido documentar el proceso) la militancia de Falange se incrementó en un 46 por 100 entre las elecciones de febrero de 1936 y el inicio de la guerra civil, y ello pese a encontrarse el partido en la clandestinidad; cfr. Alfonso LAZO: *Una familia mal avenida...*, pp. 48-49. Igualmente, Sid Lowe ha documentado la radicalización de las bases cedistas y, muy especialmente, la rápida fascistización de las de la Juventud de Acción Popular tras la derrota de las derechas en febrero de 1936; véase Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism: The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2010.

⁴⁶ Todo lo cual no impide destacar el papel específico que desempeñó Falange en el proceso unificador, como no dejaron de recordar insistentemente sus dirigentes en los años cuarenta; cfr. José Antonio GIRÓN: «La Falange en la guerra y en la victoria de España», *Arriba*, 1 de abril de 1943 (en José Antonio GIRÓN: *Escritos y Discursos*, vol. I, Madrid, Altamira, 1952, pp. 79-84).

gista⁴⁷. No se trata sólo de la reiteración de conceptos religiosos en el discurso político⁴⁸, o del carácter religioso con el que se identificaba el fervor militante de los falangistas⁴⁹, ni siquiera de la conocida —y repetida hasta la saciedad— condición de mitad monjes mitad soldados que identificaba a los militantes del partido⁵⁰. Es mucho más que eso. Es la constatación de que para los falangistas el amor a Dios estaba incluso por encima del amor a la patria; la religión, por tanto, por encima de la nación. «Amamos a la Patria, como ella debe ser amada, la primera después de Dios», escribía en 1934 Sánchez Mazas⁵¹, y tan lapidaria afirmación aparecía como consigna del partido, en su órgano de expresión. No era la simple opinión de un militante, era la posición oficial de la organización, y contaba con el aval indiscutible del fundador, José Antonio Primo de Rivera. Por supuesto, en la dirección del partido (y sin duda entre la militancia) había otras opiniones al respecto, empezando por la de Ramiro Ledesma⁵². Pero lo sustancial aquí es lo que aparecía ante la opinión pública como doctrina falangista en re-

⁴⁷ Los textos, que aparecen siempre sin firma, eran obra de Rafael Sánchez Mazas, uno de los fundadores de Falange, amigo íntimo y hombre de confianza de José Antonio Primo de Rivera, además de pieza fundamental en la elaboración doctrinal del falangismo de preguerra. Los textos fueron recopilados años más tarde por el propio Sánchez Mazas (con pequeñas correcciones ortográficas y variaciones de estilo) en el libro *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957. He analizado a fondo esta cuestión en FRANCISCO MORENTE: «Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español», en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo...*, pp. 109-141.

⁴⁸ «Hora expiatoria», *Arriba*, 33 (23 de febrero de 1936).

⁴⁹ «Valladolid», *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934).

⁵⁰ «Fundación», *F.E.*, 12 (26 de abril de 1934), y «Hermandad», *Arriba*, 8 (9 de mayo de 1935).

⁵¹ «Valladolid», *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934).

⁵² Esta convivencia de perspectivas tan diferentes es consustancial al fascismo y no una anomalía del español. Ledesma podía encajar mejor que nadie en esa interpretación del fascismo que destaca especialmente sus aspectos modernistas; véase, entre otros, Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993, e íd.: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010 [2007]. Sin embargo, hubo muchos fascistas, y no sólo en España, cuyo discurso no se alejaba demasiado del que sostenían otros grupos de la extrema derecha nacionalista de corte reaccionario. Sánchez Mazas era uno de ellos y, salvo que cuestionemos su condición de fascista (lo que, teniendo en cuenta su anteriormente señalada relevancia en la elaboración del discurso falangista, debería llevar también a reconsiderar el carácter del partido), habrá que asumir que el fascismo *también* era eso, y que era capaz de incorporar modernismo y tradición, en

lación con la Iglesia y el catolicismo. Y lo que decían los editoriales de la prensa falangista era que Falange era la verdadera defensora de la religión católica en España, muy por delante de los otros partidos de derechas (con la excepción quizás de los tradicionalistas), cuya defensa del catolicismo (escribían los falangistas) quedaba siempre subordinada a la defensa de sus intereses mezquinos y de facción⁵³. Dios era el «ordenador» del mundo y sin él los falangistas no concebían «la naturaleza ni la historia»⁵⁴. Lo católico, en fin, formaba parte esencial —junto con «lo cesáreo»— de la nación, en tanto que «unidad de destino»⁵⁵.

Ciertamente, Falange se distinguía de otras fuerzas de la derecha antirrepublicana en la defensa de una clara separación de Iglesia y Estado; pero entendía tal principio como la continuación de lo que había sido habitual en las pasadas épocas de grandeza de España, empezando por la que protagonizaron los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros⁵⁶. Por otra parte, que el Estado y la Iglesia debiesen permanecer en sus respectivos campos de actuación sin inmiscuirse en los del otro no implicaba, ni mucho menos, que el primero se desentendiera de la protección de la segunda. Todo lo contrario. Falange garantizaba que nadie iba a defender mejor que ella los derechos de la Iglesia, incluyendo algo tan fundamental para ésta como la existencia de una educación eminentemente católica. En un discurso en Toro en 1935, Sánchez Mazas anunció el inquebrantable compromiso de Falange con «la reforma de la escuela y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la Iglesia»⁵⁷.

Falange, por tanto, no necesitó catolizarse durante la guerra⁵⁸; por el contrario, la posición central que ocupaba el catolicismo en

una síntesis compleja y cambiante, pero con una extraordinaria capacidad de atracción política.

⁵³ Los ejemplos de todo ello serían interminables; una muestra: «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, 27 (9 de enero de 1936); «¡Arriba España!», *Arriba*, 31 (6 de febrero de 1936), y «El doble mitin de la Falange en la Capital de España», *Arriba*, 31 (6 de febrero de 1936), pp. 2 y 3.

⁵⁴ «Extrema experiencia», *Arriba*, 21 (28 de noviembre de 1935).

⁵⁵ «Fundación», *F.E.*, 12 (26 de abril de 1934).

⁵⁶ Rafael SÁNCHEZ MAZAS: «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, 7 (2 de mayo de 1935), p. 6.

⁵⁷ «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, 6 (25 de abril de 1935).

⁵⁸ Ciertamente, sus rivales políticos en el bando sublevado no dejaban de sembrar dudas interesadas sobre la posición de Falange en relación con el catolicismo,

el pensamiento de su fundador y principal dirigente hasta 1936⁵⁹, junto con el carácter fascista del partido, colocó a Falange, en la coyuntura bélica española y en el marco de la correlación de fuerzas internacional en el que se produjo la guerra civil, con Alemania e Italia volcadas en la ayuda al bando franquista, en la mejor posición para que fuese en torno a ella (y no en torno a la Comunión Tradicionalista, por ejemplo) como se articulase el partido unificado⁶⁰. Desde luego, no parece casual que los 26 puntos del programa de FET-JONS fuesen los mismos 26 puntos de la Falange republicana —el 27, que hacía referencia a los pactos, fue suprimido por razones obvias—, o que fuesen falangistas quienes ocupasen en buena medida los cargos dirigentes —en los diversos niveles de su estructura— de la nueva organización. Luego, en los

y ello contra toda evidencia, como la que suponía, y no era simplemente una anécdota, el grupo de falangistas —íntima y, en algún caso, exaltadamente católicos— agrupados en torno al «cura azul» y su revista *Jerarquía*. El mismo Yzuriaga se empleó con notable y reiterada contundencia para desmentir tales acusaciones: «La Falange es medularmente católica. Desde aquel año 33 en que me enfrenté con el corazón ardiente de José-Antonio [sic], hasta estos mismos días en que sigue implacable y turbia la campaña contra la Falange sobre su pretendida acatolicidad y paganismo, os confieso que he sufrido mucho [...] El alma, pues, la libertad, la gracia y la ley son las integrales de la vida católica del hombre. Debajo de esta doctrina poned al hombre de la Falange...»; cfr. Fermín YZURDIAGA: *Discurso al silencio y voz de la Falange. Pronunciado en Vigo. Diciembre 1937*, 5.^a ed., s.l., Editorial Jerarquía, s.a., pp. 13 y 15.

⁵⁹ Son innumerables y bien conocidos los textos de José Antonio Primo de Rivera en los que vincula Falange (de hecho, el fascismo) y catolicismo. Esto es lo que permitió que, andando el tiempo, y en función de las necesidades de reformulación teórica del franquismo, alguno de los principales teóricos del Estado nacional-sindicalista pudiese afirmar «que la línea lógica del pensamiento de JOSÉ ANTONIO [sic] desemboca en soluciones que están más cerca de las del tradicionalismo orgánico y evolutivo que de las fascistas y totalitarias»; cfr. Luis LEGAZ Y LACAMBRA: «La idea del Estado en Donoso Cortés y Vázquez de Mella», en *id.*: *Horizontes del pensamiento jurídico (estudios de Filosofía del Derecho)*, Barcelona, Bosch [1947], p. 335. El texto corresponde a una conferencia pronunciada por Legaz en la Universidad de Santiago el 23 de febrero de 1944; sin que le temblase el pulso, en el mismo libro citado, Legaz reproducía el texto «La teoría pura del derecho y el pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera» (pp. 297-309), escrito en 1939, en el que Legaz identificaba a Primo de Rivera como inequívocamente fascista, aunque resaltando los elementos propiamente españoles que lo singularizaban con respecto a los fascistas italianos y a los nazis.

⁶⁰ Una interpretación similar sobre el carácter católico de Falange y la forma en que ello contribuyó a facilitar el proceso de unificación en José ANDRÉS-GALLEGO: *¿Fascismo o Estado católico?...*, p. 34.

años de la posguerra, con la *Wehrmacht* desplegándose victoriosa por los campos de toda Europa, a la centralidad de ese falangismo de matriz católica se le sumaron las ventajas que se podían derivar de la identificación ideológica con quienes estaban definiendo el nuevo orden europeo. Y es en ese contexto en el que se produce la ofensiva política del falangismo *serranista* (no exento de apoyos en otros sectores falangistas) y la propuesta ideológico-cultural que subyacía en la creación de *Escorial*.

Esa ofensiva política acabó como todo el mundo conoce⁶¹, pero no creo que eso supusiese ni el fin de los proyectos falangistas ni su derrota en términos culturales⁶². En los años siguientes, desde otros laboratorios de creación de pensamiento y cultura (como la *Revista de Estudios Políticos*, bien analizada por Nicolás Sesma)⁶³ se siguió trabajando en una propuesta que, manteniendo lo esencial del discurso falangista, integraba también elementos de otras procedencias culturales. Y no como una actitud puramente defensiva, sino como parte de la construcción de una cultura de matriz falangista pero capaz, al tiempo, de cobijar otras sensibilidades⁶⁴. Así, no fue en absoluto casual, como apunta Ferran Gallego en un trabajo reciente, el interés que la *intelligentsia* y la academia identificada con

⁶¹ La crisis política de mayo de 1941 y la derivada de los sucesos de Begoña en agosto de 1942 han sido extensamente analizadas en algunas de las obras ya citadas anteriormente (Payne, Ellwood, Thomàs, Rodríguez Jiménez...). Una reciente aproximación a la de 1941, en el marco de una interpretación de la evolución del franquismo a partir de las crisis políticas que protagonizaron falangistas y nacional-católicos, es Ismael SAZ: «Mucho más que crisis políticas...», pp. 144-146.

⁶² Salvo que se identifique, abusivamente, el falangismo con aquel sector del partido que se había organizado en torno a Serrano Suñer; y ni siquiera en ese caso podría hablarse de derrota definitiva, como pondría de manifiesto la reaparición de muchos antiguos *serranistas* en la primera línea de la lucha política en la primera mitad de los años cincuenta. De hecho, para algún autor, como Antonio Cazorla, puede hablarse incluso de una vigorización de Falange tras la caída de Serrano, aunque en el marco —en su interpretación— de un partido débil y subordinado al Estado; véase Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 36.

⁶³ Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar»..., pp. 15-114.

⁶⁴ Como ha explicado Sesma, la *Revista de Estudios Políticos* cobijó en sus páginas —e incorporó a sus órganos de redacción— a destacados intelectuales provenientes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, sin que ello la desviase «nunca por completo de su originaria orientación falangista de raíz orteguiana»; Nicolás SESMA LANDRIN: «Estudio preliminar»..., pp. 26-28, la cita textual en p. 28.

el falangismo dedicó en esos años a la Historia de la España Moderna y a los elementos católicos del Imperio, en tanto que esencia de la nación española pero también de su universalidad⁶⁵. No se trató de un descubrimiento tardío de los intelectuales falangistas, sino de la expresión de un rasgo firmemente asentado en su herencia ideológica, que no se limitaba, como algunos falangistas quisieron presentar cuando la ocasión lo requirió, al magisterio de Ortega y un cierto regeneracionismo en la estela del noventa y ocho, sino que respondía a una genealogía bastante más amplia y en la que el pensamiento católico no estaba ausente en absoluto⁶⁶.

⁶⁵ Ferran GALLEGO: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la Historia Moderna en los años cuarenta», en Ferran GALLEGO y Francisco MORENTE (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, s.l. [Mataró], El Viejo Topo, 2011, pp. 281-337.

⁶⁶ Véase, por ejemplo, la influencia de Menéndez Pelayo en diversos dirigentes falangistas de preguerra en Antonio SANTOVEÑA SETIÉN: *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estudio, 1994, pp. 177-196. Como es bien conocido, Onésimo Redondo no dudó en calificar (en un artículo de 1933) a Menéndez Pelayo como «padre del nacionalismo revolucionario»; cfr. Onésimo REDONDO: «Nación, patria y unidad», *F.E. Doctrina del Estado Nacionalindustrialista*, segunda época, 2 (enero-febrero de 1938), p. 149. Y, ya en la posguerra, no escaseó precisamente la atención hacia el cántabro por parte de destacados nacionalsindicalistas como, por ejemplo, Pedro Laín Entralgo (*Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944) o Antonio Tovar (véanse la recopilación de textos y el prólogo de Tovar en Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *La conciencia española*, Madrid, Epesa, 1948). La intención de *rescate* falangista de Menéndez Pelayo no pudo ser expresada más claramente por Pedro Laín en un texto en el que anunciaba su propósito de escribir el libro referenciado en esta misma nota: «Seguirá a este cuaderno un capítulo sobre Menéndez y Pelayo. Aspiro en él a dar una imagen limpia, clara y amorosa del gran historiador, tan maltratado por turbios entusiasmos como por helados desvíos. Nada dolerá tanto a su alma, allá en su segura gloria —la cual, en su caso, no sería nunca completa sin el consabido agujero para ver constantemente a España, a su España— como saberse invocado y aun esgrimido por los que no supieron entenderle»; cfr. Pedro LAÍN ENTRALGO: *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1943, p. 15. Por su parte, Juan Beneyto no dudaba en buscar en Vázquez de Mella una de las raíces de la interpretación falangista del Estado: «... Su concepción de la Nación frente al Estado, considerando a éste cual fiel servidor de aquélla, ¿no es el concepto que la Falange ha recogido del Estado como “instrumento totalitario al servicio de la integridad de la patria”?»; cfr. Juan BENEYTO PÉREZ: «Prólogo», en *Vázquez de Mella (antología)*, Madrid, Breviarios del Pensamiento Español, Ediciones Fe, 1939, p. 10.